Entrevista

MARGARITA SERRANO

Margot Loyola, cantante e investigadora de folclor:

"El hombre siente la

SE VE RADIANTE ESTA MUJER que acaba de cumplir los 80 años. Activa, grande, pechugona, intensa, ha tenido un 18 de septiembre especialmente concurrido. "Qué 18 más intenso", se queja.

Las radios le piden opiniones, la prensa la busca, la solicitan del Teatro Municipal de Viña del Mar, de la Municipalidad de Ñuñoa, del Parque Araucano, de los rodeos en Isla de Maipo... Y así sucesivamente. Debe ir a cantar, a bailar, a contar sobre el origen de cada estribillo, de cada paso, del huaso, del pascuense, del chilote. Y el teléfono debe descolgarlo para tener una conversación medianamente tranquila, porque igual entra y sale gente toda la mañana en su sencilla casita ubicada en un pasaje cerca de Avenida Grecia y Macul, en Santiago.

"Mire, mijita, para mí todos los días son 18 de septiembre". Y tiene toda la razón. La mayoría de los chilenos piensa en sus tradiciones o en sus símbolos una vez al año, en cambio Margot Loyola vive en ello. No solamente ha recorrido todos los pueblos y senderos de Chile con su guitarra grabando lo que cantan los viejos, sino que se ha metido en la vida de la gente, en la manera de sentir la música y la danza, en sus aspiraciones, sus resignaciones, su riqueza y su pobreza.

Ha hecho su vida en torno a esta investigación, pero no desde la academia, sino desde su propia adrenalina, llena de fuerza, de intuición, de contradicciones. Porque ella es también una mujer de pueblo, que dio unos pasos más en el estudio de la música, que impostó bien su voz y que tuvo el talento de comprender que había un mundo por descubrir entre los muros de adobe del valle central y las maderas de los patagones. Y se lanzó a buscar la tradición encerrada entre los pueblos. Ya lleva 65 años haciéndolo en los campos y escenarios, en las aulas universitarias y en las partituras, componiendo canciones, recogiendo bailes y ritmos, vestidos y costumbres.

"Pero, por favor, no me pregunte sobre la identidad del chileno, o lo que simboliza el huaso o la cueca... ¡Siempre me preguntan lo mismo!"

Y está bien no aburrirla con tanto envoltorio de lo típico, porque ella es, a estas alturas, otro símbolo patrio: la chicha, la bandera, la empanada y la Margot Loyola. Pero, sobre todo, está bien no aburrirla porque hay en esta leyenda viva -Premio Nacional de Arte 1994- una mujer con grandes pasiones, con pasajes sentimentales insospechados- como su amor a toda prueba con Osvaldo Cádiz, muchos años menor, con el que finalmente se casó después de los 70 años-, con desgarros, con temor a la muerte, con humor, con fatalidad, con picardía. Todo lo cual dice mucho más de la identidad del chileno que cualquier teoría.

FOTOS JUAN GUILLERMO MELLADO

tierra en mí"

Tiene muy pocas canas. El pelo largo tomado en una cinta roja y los aros grandes no hacen más que confirmar que tiene una moda propia. Que hay una estética atemporal que demuestra que su alma está más en el campo que en la ciudad.

Todos los días de la semana ha trasnochado. Tuvo que ir a Viña y hacer una especie de clase magistral escénica en la cual bailó con Osvaldo Cádiz, su marido y compañero en esta maratón folclórica a la que están dedicados, todas las danzas chilenas, cantó, explicó, representó. "Bailé dos pasos de cueca, pero volé, volé. La gente gritaba bravo, bravo, se caía el Municipal con los aplausos..."

Y la noche antes tuvo una serenata de organilleros en su puerta a la medianoche, y unas estudiantinas que venían a celebrar su cumpleaños.

"Esto de los 80 no me gusta nada. Es cuento de Osvaldo... No quiero hablar del tema".

Y otra noche presentaron en la Biblioteca Nacional un libro del dramaturgo Alberto Kurapel, titulado: *Margot Loyola, la Escena Infinita del Folklore*. Con autoridades y personalidades. Ella estaba emocionada de ser el centro de un ensayo profundo y bien escrito, en el cual el autor no partió por Margot Loyola, sino llegó a ella y la convirtió en el eje de su tesis, porque "estábamos ante un caso único que consciente, y la mayor parte de las veces, intuitiva y pragmáticamente había logrado fusionar la interpretación folklórica con la expresión teatral, creando un paradigma mimético en la proyección del canto y la danza tradicional en el que los significantes se transformaban -a través de un fenómeno artístico espectacular- en expresión estética que comportaba una ética sin parangón en la escena folklórica chilena".

Y la noche anterior a la anterior habían vuelto tarde de un rodeo familiar en Isla de Maipo, donde los convidaron a bailar y cantar. Ella cuenta con entusiasmo la experiencia, a pesar de los millones de rodeos a los que debe haber asistido en la vida. "Pero el señor Moreira, ahí tiene un huaso, es lleno de vitalidad, de amor por sus cosas, que vive la nacionalidad intensamente, con optimismo. Hay otros tipos de huaso. Había uno muy bonito con el que nos miramos y nos empezamos a querer al tiro. El hombre siente la tierra en mí. La siente como un drama, porque así se siente la tierra. Y lloró cuando me vio. Porque de la alegría se llega a las lágrimas. Sí, yo también soy muy buena para el lloro".

Amor total

Se va a pintar los labios para la foto. Es todo lo que se maquilla.

"Pero cuando me pintan bien y a varios kilómetros de distancia, todavía las pego". Se ríe contagiosamente. Y cada vez que tiende a caer en lo que ella llama su abismo, dice algo que la saca de la pena. Y lo curioso es que logra salir.

Nació en Linares. Su madre era farmacéutica y su padre trabajaba en el campo. Ella era la mayor de cuatro hermanos. Estela la seguía y con ella formó el primer dúo con el que recorrían las trillas y fondas cantando a fines de los años '30. "Ella tenía una voz prodigiosa y yo la acompañaba solamente. Mi fuerte era el piano todavía. Cantábamos tonadas, valses. Un día estábamos cantando en la trasbotica y pasó un señor que nos suplicó que nos fuéramos a la radio. Eramos dos niñitas de calcetines y trenzas largas que llegamos a la radio del Pacífico a cantar. Ahí comenzó nuestra carrera".

Entre el folclor y el Conservatorio se debatía esta niñita. Lo que más le importa recordar es a su maestra Marta Hauser, a quien le debe la impostación de su voz y su posibilidad actual de poder cantar. "Por ahí alguna tonta me pregunta: ¿Todavía canta, Margot? Sí, mijita, todavía canto..."

Tiene una carpeta azul llena de papeles escritos. Está juntando ahí sus memorias. Escribe sobre Marta Hauser, por ejemplo, en un estilo corto y entretenido. Y así sobre todos los múltiples personajes no sólo chilenos, sino también del folclor latinoamericano, con los que tuvo oportunidad de grandes encuentros.

—¿Y el amor?

—Me fue muy mal en el amor. Yo quería el amor total, único, entero. Y lo demás no me parecía bien. Y dónde la vi... Si ese amor no existe.

—Su padre tuvo una influencia muy importante en su escepticismo...

—El estaba siempre fuera. Yo viví mi infancia esperándolo. Me quedaba dormida en el piso al lado del brasero, porque no me quería acostar hasta que él no llegara. Iba y venía. Y mi madre sufría horrores. Entonces siempre me pareció que los hombres se iban, que nunca se quedan, que nunca quieren.

Toma uno de los papeles en el que escribe sobre las ráfagas amorosas que nunca terminaron en nada. Hasta que llega a Osvaldo y escribe así: "Y llega el hombre, tal vez el único que me ha querido verdaderamente. Ni magia, ni encantamiento, ni neurosis. Amor sereno, paciente, nos fuimos ganando el corazón mutuamente". "Yo he sido en tu vida como la gota de agua sobre la piedra", dijo un día. "Treinta y siete años juntos recorriendo senderos, maravillándonos con paisajes del norte y del sur, compartiendo mesas humildes, bebiendo en todos los manantiales, descubriendo el alma de nuestro pueblo. En las aulas, entregando tesoros acumulados durante años".

En los escenarios, su danzar magnífico, cargado de vivencias. "Mi vida comienza y termina contigo", escribió en una carta. "Espero que así sea para entonces creer en lo que he buscado afanosamente durante toda mi vida: lo absoluto y permanente".

El aparece en el *living* , casi repleto por un enorme piano. Es muchísimo menor que ella. Nadie dice cuántos años. "Sí, siempre me preguntan si es mi hijo. No, es mi marido, digo; y creen que estoy leseando. Yo me río". Luego confiesa más despacio que pasaron 30 años acompañándose, pero ella se resistió mucho tiempo a entrar en la cosa amorosa con él. Sabía que no podía tener hijos y se lo repetía a él.

"Quisiera tenerlos, pero sólo si es contigo", le respondía a Margot. Nunca vivieron juntos. Ella vivió cinco años con una gran amiga, con la que componía todas sus canciones, Cristina Miranda, quien estaba inválida. Cuando ella falleció -uno de los dolores más grandes para Margot-, se casó con Osvaldo. Hace sólo ocho años.

—¿Ha sido un dolor no tener hijos?

—Absolutamente ninguno. ¿Para qué? ¿Para la guerra, para que tengan que tomar un rifle y hacer la guardia? No, yo me muero.

—¿Osvaldo será como su hijo?

—No, nada, en absoluto. Más bien él es como mi papá.

Y revienta en una carcajada.

Violeta y la muerte

Fue Margot Loyola quien "descubrió", de alguna manera, a Violeta Parra. La conoció cantando en los circos junta con Hilda Parra. Una vez la escuchó cantar en una fonda de la Quinta Normal "y como la vi sumida, sin que nadie se preocupara de ella, rompí lanzas por ella y la llevé a la universidad, al Ecran, al Ercilla".

—¿No la veía como una rival?

—Eramos dos cosas tan distintas. Ella era, por sobre todo, una creadora, una poetisa extraordinaria, un genio, un manantial inagotable. Y yo era una intérprete que quería tener una gran voz para cantar, decir, accionar, actuar. Nos nutríamos igual. Nos acercábamos con el mismo amor y respeto al hombre de campo que nos iba a enseñar. Ella recogía el material, pero no se preocupaba de la cosa más científica, de la sicología que rodeaba a una canción, ni de clasificarla. Yo siempre he creído en la academia.

Margot Loyola fue la primera persona que escribió en música las canciones que traía Violeta en la memoria, y quien primero se las inscribió en el Pequeño Derecho de Autor. Contó alguna vez que Violeta le avisó en su sueño que se había muerto y que había otra vida después de la muerte. Despertó asustada, buscó la noticia hasta que supo que aquella noche Violeta Parra se había suicidado.

—La Violeta era un drama, tenía una angustia existencial, algo con lo que se nace.

—Usted también tiene algo de ese sentido trágico...

—Sí, pero me libero. A veces escribiendo leseras o hablando leseras. Con mi marido nos reímos mucho de nosotros mismos, cuando nos da la pena. Y nos decimos tantas cosas lindas, y bien chilenas, y así nos ayudamos.

—¿Es la muerte a lo que usted más teme?

—La muerte siempre me ha producido algo desgarrador. No concibo que una persona de repente ya no esté. Hablaba mucho de esto con Violeta Parra. Ella me dijo que es una la que tiene que decidir el momento de su muerte. Yo no lo voy a decidir nunca, porque no me quiero morir. Pero ella insistía en decidir su muerte. ¡Y así fue! ¡Qué valiente la mujer!

Semilla de campo

Admira a Los Tres y le tuvo profundo respeto a quienes cantaron canciones de protesta en otros tiempos. Siendo una persona que reconoce haber sufrido profundamente la muerte de Allende y que ha hecho crítica social en sus canciones -en defensa de los mineros, por ejemplo-, curiosamente nunca ha marcado su obra con algún sello ideológico.

—Cuando yo voy a estudiar, no le pido a la gente que me cante tal o cual cosa. Les pido que me canten lo que quieran. Y yo lo tomo. He ido descubriendo que mi pueblo no es revolucionario. Es creyente, muy católico, resignado más bien en que va a encontrar en la otra vida una vida mejor. A mí no me gusta mucho esto, pero es así.

—¿Cómo marca la tierra a los hombres de campo?

—Indudablemente que los marca con cosas maravillosas. Son generosos, solidarios, todos se quieren ayudar, mire usted a los chilotes con sus mingas.

—¿Cómo se entiende usted con una persona de ciudad?

—La veo distinta y no logro mucha comunicación. Hay una barrera. Ellos no pueden entender lo que yo estoy sintiendo. En cambio, voy al campo, miro, y nos estamos entendiendo.

—¿Cuál será la barrera de la gente de la ciudad?

—Es otra vida. El espacio en que uno nace le va conformando una sicología, un temperamento. El que nace en el campo, bajo las estrellas, con el sonido del silencio y de la naturaleza, es profundamente más bueno. Es un hombre simple. ¿Ha visto algo más maravilloso que una semilla? Bueno, yo comparo al hombre de campo con una semilla: bella y valiente para permanecer.